



Finalista del IX Certamen
de literatura “Miguel Artigas”

Diego J. Colás

Nacido en Zaragoza en 1976, Diego J. Colás es titulado en Ingeniería Industrial, casi por obligación, y estudiante de Ciencias Ambientales, lector y escritor, a tiempo parcial, por vocación. En el año 2000 resultó premiado en el concurso convocado por la Universidad de Zaragoza “Buñuel y las miradas del 2000”. En la actualidad prepara un libro de relatos y continúa su creación poética.

Una hoz para un barranco

Diego J. Colás

No abrí la boca en años. Para lo que muchas veces hay que decir, me pareció mejor permanecer callado. Nunca he sido demasiado locuaz. De hecho, no he sido locuaz en absoluto. Por eso, los del pueblo creyeron que estaba loco o que era idiota. Más lo segundo que lo primero. Para ellos los locos tenían que ser peligrosos y yo no lo era. Se compadecían de mi padre. Mi padre, maestro en el pueblo. Su hijo, mudo, enajenado mental o tonto. Siempre con un libro bajo el brazo de un extremo a otro del pueblo y éste siempre cerrado. Nunca nadie me vio con él abierto. Imagino que por eso todos pensaron que no sabía leer, que las cosas no funcionaban muy bien dentro de mi cabeza. Les haría gracia. El hijo del maestro, el vástago de la autoridad intelectual, tonto de capirote. Mientras ellos, medio salvajes, progenitores de niños despiertos e inquietos. Analfabetos o medio analfabetos en su mayor parte, pero despiertos e inquietos. No sé si haberme visto todo el día leyendo, como de verdad hacía, hubiera cambiado la opinión que tenían de mí. Quiero creer que no. Que le daban más importancia al hecho de que yo no abriera el pico que a lo que pudiera estar amasando todo el día en mi cerebro. En todo caso, también la lectura es una forma de estupidez. Una maravillosa y magnífica forma de estupidez. No obstante, estupidez al fin y al cabo.

Mi padre no era maestro sino ingeniero. Había trabajado durante años para la compañía eléctrica. Un día cometió un error. Dos hombres murieron. Nadie lo despidió pero él pensó que lo más honesto que podía hacer era dimitir de su puesto. Algunos amigos de la compañía intentaron convencerle de lo contrario. Los accidentes son inevitables, le decían. Mi padre sabía que aquello no había

sido un accidente. Decídselo a las familias de los dos hombres muertos, pensaba. Estaba hastiado de aquel trabajo. Fue una consecuencia lógica a su falta de atención. Pero cuando las consecuencias de tus acciones afectan a personas que nada tienen que ver contigo, las opciones son escasas. Sobre todo, si aún te queda algo de ascendencia moral sobre tus actos.

La ausencia de pasión por la vida, que fue adueñándose de mi padre con el paso del tiempo, terminó con su trabajo en la compañía eléctrica y con su matrimonio. Los últimos años que mi madre vivió con nosotros apenas les oí hablar entre ellos. Cuando lo hacían, era para reprocharse casi todo, cada cosa de la que tenían oportunidad. Que si tú has hecho esto, que si lo otro, que si has dejado de hacer... Fue cuando me di cuenta que para decir ciertas cosas, lo mejor era callarse. Contaba ocho o nueve años. Mi madre se escapó poco después. Escribo bien, se escapó. Lo suyo sí que fue una fuga, con un comerciante irlandés al que le gustaba más la cerveza negra que el dinero. Y estoy más que convencido de que amaba el dinero por encima de todas las cosas, salvo la cerveza negra. Incluso más que a mi madre. Pero ella no se fue por el dinero. Se fue porque estaba harta de mi padre. Porque aquel vendedor de patatas, como lo llamaba él, tenía más planes para un día en su vida de los que jamás mi padre había tenido para las nuestras. No puedo reprocharle nada a pesar de la fuga. Ella no dejó nunca de escribirme. A pesar de los esfuerzos de mi padre por que desconociera nuestro paradero, ella siempre se las arregló para saber cómo me iba. Y mi padre, moralmente estricto hasta los tuétanos, una vez llegaban las cartas, era incapaz de esconderlas.

Llevó mal lo de mi falta de locuacidad. En las clases sobre todo. Le gustaba el trabajo diario, examinarnos oralmente con frecuencia. Conmigo era imposible. A todo respondía con monosílabos o gestos. Al principio lo intentó. Terminó por desistir. Dejó de preguntarme en clase y me puso exámenes. Y exámenes difíciles. Tuve que esforzarme mucho más que el resto de mis compañeros.

Fue su forma de vengarse, imagino. De hacerme entender que tenía que asumir las consecuencias de mis actos. Algo que yo siempre intentaba evitar. Soy consciente de que lo saqué de quicio a menudo. Decir que sí cuando te preguntan por quién descubrió la penicilina puede sacar de quicio a cualquiera.

Teníamos dinero suficiente para que yo saliera del pueblo y accediera a una educación superior. Ahora es habitual que todo el mundo termine en la Universidad. Entonces no lo era. La única opción de los muchachos de mi edad era el seminario. Después, si no terminaban cantando misa, podían convertirse en maestros y, con mucha suerte, en licenciados, doctores, catedráticos... pero no era lo común. Si lo era terminar doblando el lomo en los campos. Y hacerlo pronto. Apenas sabían sumar, leer y escribir, los padres los sacaban de la escuela. Los hijos se tenían más como inversión económica que como afectiva. Una inversión que se recuperaba pronto, aunque malcomiendo. Con tantas bocas que alimentar, daba lo mismo. Para mí fue diferente. No tuve que dejar nunca la escuela. No iba a doblar el lomo ni un solo día durante mi estancia en la aldea. Podría haberle facilitado a mi padre la tarea en el aula, haber abierto la boca más a menudo. Pero no podía. Lo que en un principio fue una declaración de intenciones, se acabó convirtiendo en un hábito. No hablaba porque no estaba acostumbrado a hablar. Es más, creo que no hablaba porque llegué a creerme que había perdido la capacidad de hacerlo. Y lo mejor de todo, es que me gustaba.

El día aquel no pude callarme. Imagino que actué como mi padre con lo de los dos muertos de la compañía eléctrica. Allí, delante de los guardias, hablé como no lo había hecho antes. Conté todo lo que sabía. Relaté lo que había visto sin pensar en las consecuencias. No me planteé lo que podía significar para todas aquellas gentes que me habían despreciado durante años, comprobar que la realidad era muy distinta a sus suposiciones. De golpe, dejé de ser el loco o el idiota del pueblo.

El amo despertó temprano. Algo más de lo habitual. Sobre los rescoldos aún humeaban, en la vieja olla de cobre, los restos de la cena. La carne de topo es una buena carne. Pero los que viven en palacios no comen topo, ni descansan en colchones de paja, ni duermen con hoces.

Y no lucen remiendos en sus ropas.

Y no calzan alpargatas.

Y llevan dinero en los bolsillos.

Las monedas suenan en sus bolsillos cuando andan.

Hay gente que tiene poco. Otros no tienen nada, caminan en silencio. Y comen topo. Los topos son como las ratas. Y los ricos, los patrones, no comen rata. Aunque su carne sea deliciosa. Incluso si fuera la mejor carne que uno pudiera saborear, no comerían rata. Supongo que el amo se cansó de comer topo. Quizás pensó que robando algo de trigo cuando nadie pudiera verle, comería de otra forma. Accedería a algo de pan. Se rompió su cabeza esa madrugada. No me preguntes por qué. Lo desconozco. Mi misión se limita a reducir la altura de los trigos en junio. Las hoces no sabemos apenas nada de lo que habita en la cabeza de los hombres. Todo el año lo pasamos en los graneros. Sujetas de la pared por una escarpia. Entonces llega el verano y nos ponen a trabajar. Nos afilan para la ocasión. Como si fuéramos de boda, nos ponen en condiciones. Todo el invierno en el granero llama al óxido. No trabajamos bien bajo la herrumbre. Por eso nos afilan justo al inicio del verano. Pero no sabemos nada de lo que sucede en la cabeza de los hombres. Aunque nos hablen mientras siegan. Aunque maldigan al cielo cuando sus riñones duelen de horas interminables de labor bajo el sol. Aunque veamos, año tras año, doblarse a sus hijos y a los hijos de sus hijos. Son tan sólo unos días. ¿Quién puede conocer a alguien en unos días? Las personas no pueden. Nosotras, las hoces, mucho menos.

No dejé de reír ni un día. Ése lo hice más que de costumbre. Lo bueno de mi infancia y adolescencia fue que mis preocupaciones se limitaron a no cabrear a mi padre. O, al menos, a que sus enfados no rebasaran un punto que pudiera complicarme la existencia. Sin preocupaciones, uno ríe con facilidad. Con una risa honesta. Alejada de las carcajadas que la incertidumbre o la angustia fuerzan como antídoto al tedio o la tristeza. Fue una mañana en la escuela. Para aprender a leer teníamos unas pizarras con un objeto dibujado y, debajo de éste, su nombre escrito con una caligrafía perfecta. Había una casa, una maceta, un coche, un perro, ... la verdad es que teníamos un buen número de ellas. En clase estábamos todos revueltos independientemente de la edad y el sexo, sólo había un profesor y un aula. Pedro tenía un par de años más que yo y yo ya era de los muchachos mayores. Así que las diferencias entre él y el resto eran notables. Era muy buena persona, pero limitada. Aprendió a leer después de un esfuerzo ímprobo por parte de mi padre. Luego le cogió el gusto. Leyó mucho. Tenía tiempo y lo aprovechó. Sacaba las ovejas cada día. Era pastor. Estaba al cargo del rebaño de Don Patricio, el hombre importante. Las ovejas no comen cuando hace calor. Cuando la temperatura es insoportable se agrupan unas junto a las otras. Buscan una sombra o el espacio más fresco que pueden encontrar aunque no esté a la sombra. Y dejan de comer. Por eso hay que sacarlas de madrugada, antes de que el calor apriete y cerrarlas en la tarde, cuando no lo hace. Hay muchas horas para leer. Pedro lo hacía de un modo rudimentario al principio. Luego se devoraba los libros con rapidez. El cuerpo le pedía más y más lectura. Lo teníamos en casa casi cada día rogándonos por nuevas novelas. Las novelas le gustaban mucho. ¿Acaso no se basa en eso la pasión por la lectura? En la posibilidad de evadir una vida perra que no ofrecía mucho más que trabajo y hambre. Por aquel entonces, sin embargo, era todavía un desastre. En verano no podía ir a clase. Con el buen tiempo las ovejas requerían toda su atención. No había asistido nunca a un curso completo. De ahí

venían sus problemas con la lectura y con casi todo lo demás. Así que cuando cogió aquella pizarra con la maceta dibujada en ella, con la palabra maceta perfectamente escrita en la parte inferior y, con toda la naturalidad y la seguridad de la que era capaz, dijo: tiesto. El resto de nosotros pensamos que nos mataba de la risa. En el pueblo nadie decía maceta, decían tiesto. Mi padre volvió a pedirle, por favor, que leyera de nuevo –hizo una pausa con toda la intención–, lo que estaba escrito en la pizarra. Otra vez, y otra vez con toda la naturalidad y seguridad de la que era capaz, repitió tiesto. Las risas nuestras no se hicieron esperar. Fue cuando Pedro se dio cuenta que algo no andaba bien en su intervención. La tercera vez que lo repitió ya no había ninguna naturalidad ni seguridad en el tono de su voz ni en la expresión de su faz. Tampoco hubo ya risas. El rictus estricto de mi padre nos congeló a todos el espinazo y no hubo más lugar para la sorna y el chascarrillo. Hasta aquel momento, la situación había sido divertidísima. Sobre todo para nosotros, que éramos unos críos todavía. Aunque sería algo que no duraría demasiado. La niñez nuestra, digo.

No estaba preparada. No creo que nadie lo esté. Quiero decir que si alguien podía no estarlo era yo. Ni me idearon ni me fabricaron con ese propósito. ¿Cómo iba yo a saberlo? Me extrañó que el amo se despertara tan pronto. Era noche cerrada. Los gallos aún dormían. Aún no se intuía la mínima claridad en el horizonte. Me resultó complicado de entender porque el día anterior había tenido una discusión fuerte con los propietarios. Más agria que de costumbre. Y éstos le habían amenazado con dispararle la próxima vez que apareciera por sus tierras. Así que no me explicaba a dónde tenía tanta prisa por llegar. A juzgar por la rapidez con la que se vistió tenía mucha. De hecho, se puso al revés las alpargatas y se las ató mal. La presteza de sus movimientos le impidió percatarse de ello. Salió de la casa sin haberse puesto el chaleco y la faja. No se olvidó de mí. Tampoco de coger la zoqueta y un saco. A las dos nos metió dentro y se lo echó a la espalda.

Comencé a cuestionarme nuestro destino. No estábamos subiendo. Parecía lógico pensar que no íbamos a la sierra. Se había tomado en serio la advertencia de los patrones y se alejaba de sus tierras. Pero entonces... ¿qué sentido tenían una hoz y una zoqueta en su saco? Amo no tenía tierras. Sólo había otro lugar al que tuviera sentido llevarnos con él. Donde los barrancos.

Allí vivía la gente en chozas de adobe.

Olía a muerto todo el tiempo.

A muerto y a pobreza.

A la madre de Ramón la detuvo la Guardia Civil el día en que rompí mi silencio. Ramón era el hermano pequeño de Pedro. Un muchacho despierto e inquieto que tuvo mucho que ver en la mejoría de éste con la lectura, sentándose a leer con él. Preguntándole, tras cada párrafo, sobre qué había leído. Con la fe inquebrantable del que sabe que es cuestión de tiempo. Llevándole de la mano, con paciencia, por cada palabra. Hasta que Pedro pudo arriesgarse sólo en cada libro. Lo que no evitó que sus sonoras carcajadas retumbaran con fuerza el día del incidente de la pizarra. Quizás así se cobró por su trabajo.

Vivían en los barrancos con sus padres. Los barrancos eran la zona más deprimida del pueblo. Las casas allí eran de adobe y de una sola altura. No tenían más de dos habitaciones. Alguna, ni eso. Una habitación para todos. La gente que vivía en los barrancos no tenía nada. Remiendos, piojos y enfermedades, eso sí tenían. De eso iban bien provistos.

Entre ellos se aceptaban bastante bien. No les quedaba más remedio. El problema era, muchas veces, darse a conocer al exterior. Si necesitaban algo de lo que, en su estrechez, no podían abastecerse. Yo solía bajar hasta allá algunas tardes con Ramón y Pedro. Mi padre pensaba que aquello me iba bien. Al fin y al cabo, las cosas no eran en absoluto como parecían desde la comodidad de

nuestra posición. No me gustaba entrar en las casas. No me gustaba su olor. Pero me lo pasaba bien con Ramón. Pedro era callado. Era difícil acceder a él. Su condición de pastor, imagino. Estaba demasiado acostumbrado a estar sólo.

De entre la gente de los barrancos, la familia de Ramón y Pedro eran de los que, sin vivir bien, vivían mejor. Tenían un pequeño pedazo de tierra y un macho. Su casa tenía dos habitaciones. En la que hacía de cuarto para estar dormían los muchachos. En la cocina, los padres. Estos habían perdido ya cinco hijos. Dos murieron de neumonía después de bañarse desnudos en la nieve un invierno en el que ésta alcanzó los tejados. Otro nació muerto. A las dos niñas, las penalidades de los barrancos, les impidió llegar a los siete años. Una murió de difteria. La otra de tífus.

El día que sentí más pena por aquella gente fue cuando Mariano, que venía de Rubielos, llegó al pueblo para arreglar los aperos de las bestias. Los artesanos, los que tenían algún oficio, solían trabajar por cama, sustento y un pequeño jornal. Los padres de Pedro y Ramón habían reunido el dinero para el jornal. Necesitaban un nuevo collar para el mulo. Realmente lo necesitaban. La gran vergüenza que sentían era no poder ofrecer una comida decente. Ellos comían sin aceite, no podían permitirselo. Lo comían todo hervido en agua. El agua no les costaba dinero. El aceite, sí. Y su gran dilema era cómo convencer al artesano de que les hiciera las colleras. Tenían el dinero y un par de camisas de lienzo con que podría hacerles el trabajo si era mañoso. Sabían que lo era. El padre pasó abatido la mañana y buena parte de la tarde. Luego se dirigió al pueblo. La alegría, cuando no le puso inconvenientes compensó toda la tristeza del día. Me resultó penoso darme cuenta de lo que un poco de aceite podía significar para una familia pobre. No era preciso que comieran con aceite todos los días. Tan sólo lo era que tuvieran para un par de comidas. A mí me lo podrían haber pedido. Nosotros teníamos de sobra. Entonces entendí muchas cosas sobre la dignidad y sobre la pobreza.

Mi desolación fue enorme. Tardé un tiempo en volver a bajar a los barrancos. Menos mal que al final volví a bajar. Si no la madre de mis amigos podría haber sentido, en su cuello, el garrote.

Conforme el amo se alejaba de la casa andaba más rápido, la longitud de sus pasos era mayor, los latidos en su corazón aumentaban su intensidad. Había algo que seguía sin tener sentido. ¿Hacia dónde nos dirigíamos? No podíamos estar yendo hacia los barrancos. Allí no había propietarios. La gente malvivía. Los que tenían algún pedazo de tierra se mataban para arrancarle algo de grano. Era una tierra estéril. A lo que hay que añadir que nadie hubiera necesitado el trabajo de un pequeño propietario. Aquellos pobres diablos no tenían nada salvo hijos. Decenas de chavales jugaban entre las chozas de adobe. Sus hermanos mayores holgazaneaban la mayor parte del tiempo pues no había trabajo para todos. Tenían mano de obra suficiente. No podían ser los barrancos. Sencillamente, no podían.

Pero lo eran. Después de un rato, mis dudas se disiparon. Aunque hubo algo que me sorprendió todavía más. Nuestro itinerario. No nos dirigíamos a los barrancos por el extremo más cercano al pueblo, sino por el lado opuesto. Justo donde quedaban las pequeñas parcelas de los pocos habitantes de aquellas chozas que contaban con algo propio. Me di cuenta de aquello cuando cruzamos el río. Después subimos por una de las barranqueras, la que terminaba en la ermita, luego bajamos por otra. Al final de ésta estaban las parcelas pobres de las familias pobres. Escondidas de las chozas. Como en otro mundo, hasta allá no llegaba el olor a pobreza de los barrancos. Estaba claro que el amo no quería ser visto. No deseaba que nadie de los barrancos nos viera.

La Guardia Civil había aparecido, al final de la mañana. Escondidos en sus negras capas subían los cuervos por la ribera. Sin mediar palabra entraron en casa de Ramón y Pedro. Detuvieron a la madre. Una mujer robusta y alta. Demasiado para su condición social. Ella preguntó el motivo. No contestaron. Se limitaron a amarrarle las muñecas, a sacarla fuera a empujones y a llamarle de todo.

Bueno, no los dos. Uno apenas abrió la boca. Pero el cabo se ensañó. Cuando la sacaban del interior apareció corriendo el padre. Llevaba buena parte de la mañana buscando a Ramón. Lo necesitaba para que le acompañara a hacer no sé qué recados para Don Patricio, el hombre importante, uno de los propietarios con más tierras, animales y codicia del pueblo. De casa rica, tenía buen concepto del padre de mis amigos y le solía encargar algún trabajo de vez en cuando. No recuerdo qué era, sí que llegó exhausto. Alguien le había avisado de que la Guardia Civil estaba en los barrancos y que habían ido directamente por su mujer. Ninguna de las dos cosas hacía presagiar nada bueno. A lo que hay que añadir que nadie había visto a Ramón desde la noche anterior. Eso el hombre aquel, cansado por la carrera, también lo sabía.

Y no era fácil estar tranquilo. El muchacho conocía los caminos. Conocía las parcelas y cada rincón de la ribera y la sierra. A pesar de su corta edad, sabía moverse por aquellos parajes agrestes como nadie. Aquello podría haber tranquilizado algo al padre pero la noche le inquietaba. Ramón había desaparecido de madrugada o a primeras horas de la mañana. Antes, incluso, de que Pedro marchara con las ovejas al monte. Se había levantado de su lecho por alguna razón y salido a la calle. A esas horas era ilógico pensar que se hubiera alejado del poblado. Que se hubiera adentrado en el bosque de ribera. O que hubiera decidido ascender el escarpe y caminar por las cercanas estribaciones de la sierra. Estaba claro que al niño le había pasado algo.

Cuando llegó a los barrancos el amo echó el saco al suelo.

Me tomó a mí. Tomó la zoqueta.

Se quitó el chaleco.

Se puso a segar en aquella parcela, pobre de solemnidad, que no era suya.

Aquella pieza propiedad última de la pobreza.

El amo no había tenido suerte. Ni él, ni su padre, ni el padre de su padre. Borrachos y jugadores habían perdido en la taberna las tierras. Una a una, casi todas las parcelas habían acabado en otras manos. El trabajo de cientos de años desperdiciado. Perteneciendo a casa rica, nació pobre. Sólo conservaba la casa y alguna pequeña pieza que no producía para que pudiera vivir. En el verano trabajaba las tierras de otros. Incluso las que, por derecho, hubieran terminado siendo de su propiedad. El invierno, en el cáñamo. Bañando los tallos en la alberca. Debilitando el rigor original de las fibras vegetales para hacer de ellas hilos con que tejer. Con el pueblo como hecho de nieve y los pantalones remangados hasta las rodillas. Soportando un frío del infierno. Cobrando un mísero jornal. Maldiciendo su herencia

A la madre de Ramón la sacaron de la casa a empujones. No le dieron ninguna explicación. Usted se viene con nosotros, le espetaron tan pronto cruzaron el umbral de la puerta. Ella no se resistió, pero tampoco calló. Cuestionó el motivo. Al tiempo que, con cierto sarcasmo, les mostraba su sorpresa por verlos allá, preocupándose por la vida de alguien de los barrancos. A los guardias les pasaba como a todos, no podían soportar el hedor de aquel nido de pobreza. Así que lo evitaban siempre que podían. Pero habían encontrado el cuerpo de Ramón en la ribera, en la pieza de sus padres. Tenía el cuello roto. Era una fractura limpia. Como de chasquido. Un sonido leve y apenas apreciable en la inmensidad silenciosa del amanecer. Algún salvaje le había roto las cervicales. Con un movimiento certero de los brazos, separado su entendimiento de la espina dorsal. Aunque ni una sola prueba más de violencia. Ni hematomas, ni rasguños, ni heridas. Nada de sangre en ninguna parte del cuerpo o de la ropa. Y, por supuesto, ni un solo desgarró en pantalones o camisa.

El responsable de aquel crimen tenía que haber sido alguien cercano al niño. Alguien que hubiera podido acercarse a él sin levantar la mínima sospecha. Alguien que no hubiera encontrado ningún

impedimento a la hora de sujetar al niño por el cuello. La tarde anterior, además, la gente de los barrancos habían oído perfectamente a la madre de Ramón afirmar, a voz en grito, que como lo cogiera lo iba a matar. Que estaba harta de tener que andar siempre detrás de él para evitarle las travesuras. Que todo aquello se iba a acabar. Esta vez no se escapaba. Ni su padre iba a poder evitarle la paliza.

Los guardias no necesitaron más. No les gustaba rondar por el poblado. No les gustaban aquellos infelices. Y mucho menos les gustaba tener que detenerse a pensar si tenía algún sentido considerar como culpable a la madre del niño. Al fin y al cabo, no iban a decidirlo ellos. La última palabra la tendría siempre el juez. Aunque se guiara por la detención y tampoco revisara el caso. Aunque la suerte de aquella mujer que había perdido ya cinco hijos, estuviera echada. Aunque en ese tiempo y en ese lugar su cuello terminara como el de su hijo. Roto por el abrazo inmisericorde del garrote.

Entonces vio al niño, delante de él, en el extremo de la pieza. El amo vio al crío mirándolo con aquellos grandes y despiertos ojos negros. Con aquellos enormes e inquietos ojos, algo desconcertados, pero llenos de ira. La mirada propia de no comprender qué se ve pero sabiendo que no gusta. O puede que la expresión del que no tiene casi nada cuando quien tiene algo más, aunque no sea mucho más, se lo arrebatara.

Fue un instante. Un instante en que todo indicaba que el mundo iba a desvanecerse de súbito. Que las nubes terminarían por desplomarse sobre el trigo recién segado.

Un tiempo tan corto e intenso que el aire pareció convertirse en un fluido espeso. En una desagradable masa viscosa capaz de ralentizar los movimientos de la escena. En un obstáculo infranqueable para aquellos dos individuos. Aquellos dos seres distantes en el tiempo y enfrentados por las

condiciones bajo las que habían sido creados. Deshaciendo aquel tablero sobre el que el destino los había colocado como si se trataran de las últimas fichas de una partida comenzada mil años atrás. El mismo día en que alguien demarcó una porción de planeta y aseguró que era de su propiedad. El pulso duró poco. Lo que necesitó el amo para mostrar mi gélido filo golpeado por los rayos primeros de la aurora. Lo que le costó cruzar los escasos metros que lo separaban del niño. Y lo que precisó para arrastrar la hoja afilada de mi cuerpo por su cuello a medio construir.

Pero cuando tuve que hacerlo, no pude. Mi filo acarició su garganta sin causarle la menor lesión. No hubo una sola muestra, en su cuerpo, que indicara que yo había pasado por allí. Yo no estaba destinada a ese propósito. Mi cometido era llevar pan a las mesas de las familias y forraje a los establos. El amo dudó. Sorprendido, dudo. Esperé que la duda se transformara en una cuestión irresoluble y que dejara al niño en paz. Casi siempre lo que deseas con todas tus fuerzas no se cumple. Esta vez tampoco. Me arrojó contra el suelo blasfemando y haciéndome sentir humillada como nadie antes lo había hecho. Agarró al infeliz por la cabeza con un brazo y por los hombros con el otro y de un movimiento rápido y certero le partió el cuello. El cuerpo sin vida del niño se desplomó sobre el trigo ya cortado y yo, horrorizada, me descompuse de impotencia.

Lo dije tan pronto me dieron opción. Al principio ninguno quiso escucharme. Luego tuvieron que hacerlo. No les quedó más remedio que esperar a que terminara. Lo había visto todo y todo lo conté tal y cómo lo había visto. Ante la sorpresa general, hablé sin detenerme en lo adecuado de mi vocabulario o en lo correcto de las construcciones gramaticales que fui utilizando para hacerme entender. Con mi testimonio le salvé la vida a aquella mujer a la que el pavor había descompuesto. Con la decisión de hablar lo cambié todo. El garrote dejó de ser para ella y comenzó a ser para él. Unas palabras salvaron una vida y condenaron otra. Mandé a aquel infeliz a la muerte simplemente para

evitar que la asesinada fuera la madre de Ramón. No tuve ningún impulso de hacer justicia. Mi corazón no albergaba en ese momento ningún odio hacia aquel desgraciado. Ningún ánimo de revancha. No se puede tener sentimientos tan bajos hacia las personas que consideras prisioneras de los acontecimientos. Si acaso, una lastima indescriptible por no comprender esa incapacidad para sobreponerse a las circunstancias. Nada más.

Fue lo más importante que hubiera podido hacer en una vida. Me hubiera gustado poder inventar algo que salvara ambas vidas. La muerte de una persona no iba a devolver la vida a Ramón. No pudo ser. Nadie se rompe el cuello solo. Mucho menos un chaval de esa edad. Alguien que conoce el monte a la perfección. Fue lo mejor que pude hacer. Me acercó mucho más a mi padre. Entendí el porqué de dejar su antiguo trabajo en la compañía eléctrica. Uno tiene que hacer las cosas aunque no le resulten gratificantes. La honestidad y la integridad no son gratuitas. De una manera, u otra, has de pagar por ellas. Yo no quería dejar de ser mirado por todos como el tonto o el loco del pueblo. A pesar de que no me miraban demasiado como enajenado mental. Ya que para ellos los grillados tenían que ser peligrosos. Y yo no era peligroso. Pero de tonto o de loco vivía muy tranquilo. No tenía que hablar con nadie pues nadie me reprochaba mis silencios. La que había sido mi vida hasta entonces, acabó en el preciso momento en que abrí la boca. Terminó ante la sorpresa de los habitantes de la aldea. Con la Guardia Civil habían acudido casi todos los vecinos y casi todos fueron testigos del acontecimiento.

Les conté que había llegado a las parcelas poco antes del amanecer. No tenía mucho sentido llegar hasta el poblado. Estarían durmiendo. Iba a ser imposible que pudiera hablar con alguien. Los pocos que hubieran despertado estarían ocupados preparándose el trabajo del día. Podría, quizás, detenerlos un momento para saludarlos. Nada más. Me planteé todo aquello y decidí sentarme

a esperar a que se hiciera de día. Quizás pudiera irme con Pedro y el rebaño de Don Patricio. No todo el día. Un rato tan sólo. Hasta la hora de almorzar. O hasta que Pedro me mandara a ordeñar lagartos que era la forma en que te comunicaba que no te aguantaba más.

Estaba yo pensando en qué hacer con mi mañana. Decidiendo si quería o no ver a Pedro. Si hablaba con Ramón y nos íbamos a pescar truchas donde el puente romano. Entonces llegó él y se puso a segar en la parcela de Pedro y Ramón y yo me asusté. Era de noche todavía y no había nadie que pudiera defenderme si aquel energúmeno se molestaba por mi presencia. Y yo sabía que era fácil de molestar. Que había tenido más de un enfrentamiento con más de uno en el pueblo. Entonces apareció Ramón medio dormido. En el borde de la pieza, a medio vestir. Casi seguro debido al calor. Le miró como nunca antes había visto yo a mirar a nadie. Con el odio de quién entiende una situación más allá de lo que la escena ofrece. Con el desprecio de quién siente el hedor de la cobardía flotando en la atmósfera. Hay expresiones que dicen cosas y personas que, según el sentido del viento, afirman más con sus ojos que con sus palabras. Y Ramón, un niño imberbe, arrojó todo su desprecio contra su verdugo. Él, que tenía que trabajar para los patrones aunque los odiaba, que bajaba la cabeza cada vez que lo amenazaban y que se amedrentaba ante los guardias, venía a robarles a ellos que aún tenían menos, que no habían agachado la cabeza ni una sola vez pese a su baja condición y que jamás habían permitido a los guardias avasallarlos. Y el verdugo no soportó aquella insolencia. No creo que sus movimientos estuvieran guiados por el temor de haber sido descubierto. ¿Acaso iban a suponer aquellas gavillas un castigo severo? ¿trigos procedentes de una pequeña parcela de alguien de los barrancos? Ramón planteó un desafío. El asesino lo aceptó. Por eso no se movió Ramón. Como diciéndole que su muerte arrojaría todavía más miseria a su miserable existencia.

Siempre me ha resultado una tortura levantarme temprano por la mañana. No digamos de madrugada. Y, sin embargo, aquel día, antes de que cantaran los gallos y asomara el sol por el horizonte, yo ya estaba desvelado en mi cama. No puedo explicarlo, pero tuve que salir de casa. Las paredes me ahogaban. Por alguna razón, el pueblo entero me resultaba imposible de soportar, así que tomé el camino del río y me fui hacia los barrancos. No había estado allá desde lo del aceite y de eso habían transcurrido ya cuatro o cinco meses. A Pedro y a Ramón los veía en la escuela. Pedro y Ramón que sabían que yo hablaba. Que no era idiota ni estaba loco. Ellos que eran conscientes de que yo no era lo que el resto del pueblo estaba seguro de que yo era.